



SI LAS JIRAFAS HABLASEN

EUGENIA CIRUELA MONTAÑÉS



Eugenia Ciruela Montañés

SI LAS JIRAFAS HABLASEN



A Miguel.

El tonto del pueblo

Bayona, 10 de Marzo de 1814, nueve y media de la noche.

Don Fernando no paraba de dar vueltas en círculo por su habitación. Estaba nervioso y excitado a la vez. En pocos días volvería a pisar la Península, la tierra que le vio nacer y crecer. Donde su familia había reinado desde el año 1700, aunque con algún que otro contratiempo. Sus súbditos esperaban ansiosamente a su legítimo rey, prisionero de ese enano de Napoleón y no aguantaban al usurpador. Necesitaba desesperadamente estar en brazos de una mujer que no fuera su esposa.

—Sebastián, tarda mucho la ramera en llegar y no me gusta que me hagan esperar. Como Borbón es un insulto.

—Descuide, Don Fernando, es muy pronto. Fue citada a las diez. Quedan diez minutos todavía. No desespere, valdrá la pena.

—Dicen que es muy complaciente, sabe dar placer y es muy cara. ¿Cuál es su nombre y edad?

—Manuela, veinticinco años. De padre sevillano y madre parisina. Es la mejor prostituta de Francia y la

más solicitada. Muy cara y dicen que sus técnicas escandalizan a otras prostitutas y han intentado llevarla por el buen camino del matrimonio...

—Descuida, mis leales súbditos saben que gestiono mi dinero de forma eficaz y racional ¿No será revolucionaria? Comentó preocupado.

—Para nada mi señor. Es monárquica y leal a vuestra Majestad.

—Me gusta como suena Majestad. Suena tan majestuoso.

—Por supuesto, Majestad.

Sebastián, a sus veintisiete años, pensaba cada día que este trabajo no estaba bien pagado. ¡Madre mía, con el Borbón! Más tonto y no nace.

Diez minutos más tarde, alguien llama a la puerta.

—¿Quién va?

—Soy yo, espero no haberme equivocado de puerta.

—Es ella. Sebastián, fuera de aquí. Soy el único que va a joder esta noche. Abre la puerta y lárgate.

Sebastián abrió la puerta y dejó pasar a la mujer. Piel blanca, pelo negro, recatada, buenos modales, voz

suave, mirada dulce... parecía una señora y no una pecadora.

—¿Es usted Don Fernando?

—No me gustan los formalismo con las putas. Ven aquí, ahora. Sebastián fuera de aquí.

—Como digáis. Que pase una buena noche.

El criado salió con educación y delicadeza. Con una sonrisa irónica que solamente la bella Manuela entendió y Don Fernando ni se percató. El sexo carnal le nublabla el sentido común y la razón. Era su estado mental permanente y no tenía remedio.

—Don Fernando. Normalmente, los hombres que pagan por poseer mi cuerpo no suelen utilizar su nombre Real.

—No tengo nada que esconder, como habrás podido comprobar. Su erección era tan evidente como su cara de bobalicón. Además, así presumirás de haberte acostado con un Borbón.

— Desde luego que lo haré, Majestad.

La excitación aumentó y Don Fernando se abalanzó sobre la irresistible Manuela. Ella se apartó y soltó una carcajada tímida e inocente.

—Don Fernando, por favor, sea un caballero e invíteme a tomar una copa, sea educado, por favor.

—Nunca soy cortés con una puta y si es una cerda medio francesa menos.

—Entonces me voy y no haré la caretilla con usted.

—¡Esperad! ¿La carretilla? Tengo curiosidad, por favor siéntese ¿Qué quiere beber?

—Un jerez, pero yo le sirvo, Don Fernando, estoy aquí para complacerle.

—Buena mujer, como debe ser.

Manuela, que hablaba español mejor que el deseado, sirvió dos copas de jerez y se agachó un poco para que se le viera el escote. Fernando, que cuando se trataba de sexo era muy listo, se percató que esos senos pequeños, pero golosos, estaban muy cerca de su babosa boca. Él quiso morderlos, pero Manuela, como experimentada prostituta, se apartó con delicadeza, quedando la cara del Borbón desencajada y con ganas de joder más que un mandril.

—Es muy agradable su criado. Sebastián, ¿verdad?

—Sí, lo llaman el mestizo, pero no sé por qué. Volvió a ser el bobo integral de siempre, pero se recuperó enseguida en cuanto vio la muñeca desnuda de Manuela.

Don Fernando bebió con rapidez el jerez y se quitó la ropa, quedándose desnudo.

—Sois muy directo don Fernando.

—Te voy a arrancar la ropa, furcia.

—Majestad, por favor, sea educado y refinado.

¡Es usted el legítimo rey de España, de las Américas y de Filipinas;

—Aquí también mando.

—Si sigue así, no le chuparé el pene.

Don Fernando se sentía extraño. Nunca una mujer, y una prostituta menos, le había hecho sentir un sumiso, un súbdito. No le desagradaba en absoluto la imponente y virginal presencia de esta mujer si eso garantizaba un polvo apoteósico. Siempre presumía entre sus íntimos que follaba más que un cura en cuaresma y Manuela sería su mejor polvo con diferencia.

La prostituta acarició la pierna lentamente y poco a poco empezó a subir la mano por ese cuerpo serrano hasta llegar a la punta de su pene y empezó a acariciarlo. Don Fernando estaba hecho un animal y empezó a gemir como una novicia cuando descubre que tiene un clítoris entre las piernas gracias a la Madre Superiora.

Se paró rápidamente y Manuela se puso de pie y lo miró lascivamente. Él se enfadó tanto que tiró la mesa rompiendo las copas y la botella de jerez. Ella se rio a carcajadas. Don Fernando se quedó desconcertado y no sabía por qué se reía.

—Majestad —Dijo con picardía— No se enfade conmigo, por favor se lo pido. Mis amigas están a punto de llegar.

—¿Amigas?

—Unas jóvenes que necesitan ser folladas en condiciones. ¿Quiere sexo en grupo con una prostituta de lujo y tres jóvenes gratis? Tienen entre trece y quince años. Una romana, otra parisina y una negra.

—¿Una negra? Nunca he tocado a una esclava.

—¿Quién dice que sea una esclava? ¿Quiere saber su especialidad?

—¡Por Dios y la Virgen, dígalos!

—La lluvia dorada, mi Don Fernando, mi toro bravo.

El ansia del Borbón aumentó como nunca. No olvidaré esta noche jamás, pensaba Don Fernando que estaba en celo permanentemente.

Se escuchó como llamaban a la puerta. Unas sonrisas tímidas y risueñas se escuchaban de fondo.

Manuela, abrió la puerta y las tres gracias entraron corriendo y se abalanzaron sobre el cuerpo del Borbón. No podía parar de reír, gemir y comer esos cuerpos suaves, dulces, inmaculados y frescos. Se alejaron un poco para dejar paso a Manuela. Se puso de rodillas, abrió las piernas del deseado, acercó su boca y todo empezó a nublarse.

Dos horas después del amanecer, Don Fernando se despertó en la misma silla en la que estaba sentado la noche anterior. Desnudo, con un dolor intenso en la cabeza y desorientado. Tuvo que ser una gran noche, pero no recordaba nada de lo sucedido, algo que le provocó un monumental enfado. Llamó a Sebastián al mismo tiempo que intentaba ponerse de pie, pero fue imposible porque empezó a marearse y a sentirse confundido al ver el dedo índice y pulgar de la mano derecha con tinta negra y que encima de la mesa estaban las dos copas y la botella de jerez intacta, una pluma y un tintero.

—¡Sebastián! ¡Sebastián! Por tu puta madre, ven aquí.

El mestizo llegó a un ritmo pausado. Abrió la puerta y al ver el panorama se quedó mirando fijamente a los ojos del decadente Borbón.

—¿Qué quiere?

—¿Cómo te atreves a hablarme con tanta falta de respeto? Eres mi siervo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están las prostitutas?

—¿Qué prostitutas, Fernando?

—Eres un maleducado, una aberración. Te voy a mandar al peor presidio, cabrón.

—No me importa lo que me diga un hombre tan tonto, feo, gordo y que huele a mierda de perro. Es usted el hombre más estúpido que conozco. ¿No recuerda nada de ayer por la noche, picha triste?

—Hijo de la gran puta. Dijo gritando y escupiendo como un perro rabioso.

—¿No recuerda haber firmado este documento?

Don Fernando no recordaba haberlo firmado. Solamente recordaba a una tal prostituta llamada ¿Antonia? ¿María? ¿Había más prostitutas? ¿Bebió? ¡El maldito jerez!, pensó en voz alta.

—Estúpido hijo de Carlos IV. Ayer firmó varias copias, concretamente cinco como este, en el cual renuncia a la Corona, reconoce a José I como rey legítimo, apoya a "La Pepa" y los cambios que se harán en breve en algunos artículos. Además, que no fue secuestrado por Napoleón Bonaparte, los múltiples

gastos personales en Bayona, que no volverá a pisar territorio español y el fin de la Guerra.

—¿Cómo? Dijo desconcertado, sin entender nada de lo que estaba pasando. Arrancó el documento de las manos de Sebastián y pudo ver su firma. Colérico, rompió el documento. Sebastián lo miró y se rio como nunca antes.

—Descuide, indeseable, como le he comentado hay más copias. Una está a buen recaudo, y desde luego no pienso decirle dónde. Otra copia ha sido enviada a España, otra a América y otra a Filipinas. Es tarde para echarse atrás y que usted niegue los hechos ¿Quiere que le diga al soberano pueblo que usted fue engañado por una simple mujer y un criado analfabeto?

Don Fernando tenía el corazón acelerado. Se quedó petrificado, sin palabras y con los ojos abiertos y sin poder pronunciar palabra alguna.

—Estas son mis últimas palabras, deseado de los cojones. Váyase al carajo, a la que peor huelga. Cobarde, falso, egocéntrico, pecador, estafador. Desde los ocho años siendo su esclavo. Ahora soy un hombre libre, y en un futuro un ciudadano de pleno derecho. Me voy a Cádiz, una ciudad donde se respira libertad y democracia. Es usted despreciable, el tonto del pueblo.

Nunca reinará, bastardo. Por cierto, me llaman el mestizo porque tengo sangre Guanche por parte de padre y Amahuca por parte de madre. Buenos días, su Católica Majestad. Hijo de...

Sebastián salió apresuradamente, ante un Borbón en trance. Desde ese instante, no volvería a ser el mismo. Apenas salía de su habitación y poco a poco fue olvidado por sus leales súbditos ¿El deseado? ¿Quién es ese? Pero lo peor de todo es que no volvió a joder a nadie, ni siquiera a su esposa, ni a mear de pie.

Madrid, 25 de Marzo de 1814.

Mi queridísimo José,

El plan ha salido a la perfección, incluso mejor de lo que esperaba. Te envió el documento firmado y los otros dos han sido enviados a los destinos que me indicaste. Eché el Ayahuasca en su copa. Fue muy fácil engañarlo, es un ser primitivo y poco racional. Distraerlo fue muy sencillo.

Una vez que firmó los documentos, Sebastián, al que debo total gratitud por haberme facilitado la entrada y salida del Palacio, me esperaba en la puerta principal y le di el dinero prometido para que empezara una nueva vida. Justo antes de irme, Fernando de Borbón estaba

hablando solo y creo que dijo la palabra esclava, ¡A saber con quién cree que estaría hablando;

Pronto podremos estar juntos y gobernar como nadie lo ha hecho. Velaré hasta el último día de mi vida tus intereses y nuestras vidas.

Siempre tuya,

Marie Julie.

José I leyó varias veces la carta con una sonrisa de satisfacción. Engañar a un Borbón, a un descendiente de Luis XIV, le daba una felicidad inexplicable. Se asomó al balcón y el cielo estaba despejado y el sol brillaba como nunca. Iba a ser un gran día. Pensaba en su esposa y la amaba más que nunca porque no podría haber llevado a cabo esta trampa a Don Fernando sin su ayuda. Era afortunado por haberse casado por amor, y no por interés. Los hombres y ciudadanos serían felices gracias a Dios y a la razón ¿También la mujer? Posiblemente. El próximo en caer sería su hermano y pronto sería el rey y emperador más poderoso de Europa y del mundo. Nada ni nadie lo detendría, ni la Guerra, ni Dios, ni los hombres, ni los ciudadanos, ni las hembras y menos aún los rebeldes americanos.

En el bosque de Adare

El sueño de la razón provoca monstruos

(Francisco de Goya, 1746—1828)

Faltaban dos horas para el amanecer, así que la única luz natural en el frondoso bosque del pueblo irlandés de Adare era la propia luna llena. Una luz escalofriante junto con un silencio sepulcral donde no existía ningún tipo de vida animal y floral desde hace siglos, concretamente, desde la última epidemia de peste bubónica que acabó con la vida de más de la mitad de la población.

El bosque era de un color verde intenso y un marrón oscuro durante el día. Su belleza austera contrastaba durante la noche cuando su color se transformaba en un gris oscuro y frío. La niebla cubría todo el perímetro dando lugar a que no se viera ningún árbol. Las hierbas medicinales eran recogidas por las mujeres que se dedicaban a las labores del hogar y comadronas durante el día, pero por las noches, las brujas y hechiceras recolectaban hierbas con la intención de envenenar o tener contacto directo con el diablo. Sin embargo, era una leyenda muy extendida

para prevenir a los jóvenes de que no deben desobedecer a los padres, al sacerdote y nunca aventurarse más allá de un bosque sin vida.

Una rama pisada por un pequeño pie rompió el silencio en el bosque. La niña caminaba lentamente sin ningún rumbo fijo. Su cuerpo estaba sucio y esquelético, su rostro tenía ojeras violetas, arañazos y moratones al igual que en el resto de su cuerpo, el labio superior estaba roto y le faltaba dos dientes, una muela y una paleta. Estaba llorando y tenía mocos pegados en sus labios agrietados y mejillas heladas. Su cabello estaba lleno de tierra y abono, hojas secas y enredado. Estaba descalza, tenía mucho frío y olía a orina y sangre seca. No sentía sus manos, las cuales se había desgarrado la piel y las uñas y se las había comido. Su ropa estaba rasgada y podía verse parte de su pequeño pecho izquierdo desnudo. Tenía una mordedura prominente en el gemelo derecho que le provocaba una cojera dolorosa, pero en ese momento estaba tan marcada emocionalmente por las múltiples experiencias que había experimentado a lo largo de dos semanas que en su interior ya no sentía nada, había creado a su corta edad una coraza que nadie podría romper, ni siquiera Dios. Le faltaba las uñas de los dedos de los pies donde

precisamente tenía heridas profundas en sus plantas. Llamaba a su madre, pero su voz era tan ronca que ni ella misma se oía.

La pobre Estella, de seis años, había tenido la experiencia más traumática y tétrica en su corta vida. Tardaría una semana en ser encontrada viva, pero sin vida.

Al amanecer el viejo pastor Peter Boyle estaba con sus ovejas de camino al bosque para que comieran cuando vio a lo lejos una pequeña figura negra que se movía hacia delante y atrás. Se acercó con precaución pensando que podría ser un perturbado, pero lo que vio fue a Estella dándose cabezazos contra el tronco de un árbol que estaba tiñéndose el centro y se derramaban unas líneas muy finas, casi invisibles a los ojos de un mortal, de rojo carmesí y no paraba de repetir la misma palabra una y otra vez —mamá, mamá, bruja, bruja— de forma acelerada. El pastor, que no reconoció a la niña en ese momento, le tocó el hombro y le preguntó qué le había ocurrido. La pequeña gritó tan alto mientras sus ojos de una forma terrorífica, su mirada ya no era del mundo de los vivos. Las ovejas se fueron corriendo y el señor Boyle se asustó al ver a la niña que había

desaparecido hace dos semanas. Era la hija menor del pastor McGregor.

Los rumores de la existencia de brujas en el pueblo de Adare estaba muy extendido desde el siglo XIV cuando fue asolado por la peste negra. Un secreto a voces que fue envenenando y degenerando cada generación. Nunca se había juzgado a una bruja, ni siquiera se habían cruzado con una, a menos que ellos supieran. Solían decir que eran mujeres muy viejas, altas, delgadas, sucias, despeinadas y feas, lo cual describía a la mayor parte de la población femenina del pueblo. Solían dedicarse al cuidado de niños, eran comadronas, cocineras y curanderas, profesiones tradicionales en Adare. Así que de forma indirecta cualquier mujer del pueblo podía ser sospechosa de brujería si no fuera porque por las noches se vigilaba el pueblo y el bosque para que nadie saliera y entrara bajo pena de encarcelamiento perpetuo, pero no solía cumplirse como se ha podido comprobar. Lo curioso eran las leyendas que solían contarse sobre las actividades poco ortodoxas de las brujas. Secuestraban a niños, captaban a mujeres para su aquelarre, seducían a varones casados, se comían a los niños como los caníbales salvajes de las Américas, bebían sangre y les

quitaba la grasa para curar enfermedades incurables, se apareaban con las cabras, volaban en escobas, sacrificaban animales, vendían su alma al demonio, aunque lo peor de todo es que solían vivir solas y vivían en comunidades pecaminosas donde practicaban con libertad la magia negra. Era uno de los asuntos en los que estaban de acuerdo tanto el pastor McGregor como el padre Doyle, pero esta vez el segundo tendría la oportunidad de confirmar la existencia del mal en el apacible pueblo de Adare y había que erradicarlo con la ayuda de Dios y con el respaldo de sus feligreses, pero siempre con cautela y sin llamar la atención de sus superiores, es decir, si el pueblo tiene problemas, el propio pueblo lo solucionará.

Habían pasado cinco días desde que el pastor de ovejas Peter Boyle, católico practicante, había encontrado a Estella McGregor en el bosque de *Saint Ann* o más bien lo que quedaba de ella. Como no tenía contacto directo con el padre por ser líder del grupo protestante, cogió a la niña en brazos tras haberse desmayado y pidió ayuda al padre John Doyle, muy querido y respetado en el pueblo. Estaba preparando la primera misa de la mañana cuando escuchó los gritos del pastor y vio que llevaba a la pequeña moribunda. En

ese momento, estaba la comadrona Olivia Wilde rezando el Rosario cuando se levantó y cogió a la niña. Decidió llevarla al convento de *Saint Ursula* para que comenzaran a limpiarla, alimentarla y curarla lo más rápido posible. El padre Doyle se encargaría personalmente de ir a casa del padre McGregor para darle la noticia de que su hija había aparecido y que la llevarían al convento. Sabía que no sería de su agrado, teniendo en cuenta que era una institución católica, pero era mejor que llevarla al matadero o que la remataran mujeres supersticiosas, así que era mejor que fuera cuidada al menos por mujeres instruidas en ciencias naturales. El pastor de ovejas no puso ninguna objeción ante este plan tan precipitado y meticuloso.

Como era de esperar, la noticia se corrió como la pólvora en el pueblo y pocos se preocuparon realmente por el estado de salud de Estella, sino por la actitud de sus padres y hermanos. El pastor McGregor, protestante puritano, y sus hijos, Edgar y Harry, discutieron acaloradamente con el padre Doyle porque su hija estaba siendo atendida en un convento católico por mujeres inteligentes y que no solían rezar. Su madre, Mary McGregor, no salía de su casa desde que la niña desapareció, no derramó ninguna lágrima ni suplicó a su

marido cuidar a su hija y eso no era propio de una buena madre. La ley del silencio imperaba en ese hogar y ese fue el primer error que cometieron porque dio lugar a que las primeras sospechas de lo ocurrido a la joven Estella estuviera relacionado con la insólita actitud de su madre.

Sor Nazaret Itzel, de origen novohispano y zamba muy atractiva que eligió casarse con el conocimiento y la fe antes que, con un varón terrenal, estaba curando las heridas a la pequeña Estella como solía hacerlo cada mañana. Notaba que la niña mejoraba, pero con lentitud sus profundas heridas físicas, aunque las secuelas serían irremediables porque se quedaría coja de la pierna derecha donde tenía una mordedura muy profunda producida posiblemente por un animal salvaje, si bien en el pueblo no había ninguno, no podía comer sólidos porque le faltaban dos dientes y tenía pánico tanto de masticar como de tragar sólidos, así que se alimentaba a base de líquidos. No había pronunciado ninguna palabra desde que estaba en el convento y se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, especialmente durante la mañana y parte de la tarde. Después, se despertaba y camina por la celda y se asomaba por la ventana con la mirada perdida. A veces

hablaba, pero en voz baja y con rapidez. Lo peor era por las noches, no dormía, gritaba y llamaba a su madre, pedía auxilio, se arañaba el rostro y se arrancaba la piel de los brazos, así que al día siguiente la misma monja debía de curarle las mismas heridas una y otra vez.

En una ocasión intentaron atarla, pero fue inútil porque consiguió romper las cuerdas que la ataban y ponerle cadenas sería demasiado cruel teniendo en cuenta la experiencia que había tenido. Sabía que si la sacaban del convento su vida estaría condenada y la tomarían por loca y no sería cuidada debidamente, ni siquiera por sus propios progenitores que no se habían preocupado en visitarla, al menos es lo que las monjas habían escuchado en boca del padre Doyle. Consideraban al pastor McGregor un orgulloso y un mal padre. La niña estaba mejor con ellas hasta que sanara.

Sin embargo, las heridas de su mente y de su alma serían imposibles de curar por muchas hierbas y rezos que hicieran las monjas cada día a esa niña que cada parecía una joven cadáver. No sabían exactamente qué había ocurrido, si había sido raptada, se perdió o se escapó. En su familia solía reinar el silencio porque eran los únicos protestantes en un pueblo católico. Estella no llegó a saber todo lo acontecido durante los días

posteriores en Adare. Acontecimientos oscuros que serían recordados en cada generación.

La única mujer que visitaba a la niña fuera de los muros del convento era la comadrona Olivia Wilde. Era la más querida y valorada por el pueblo de Adare. Su juventud contrastaba con su larga experiencia trayendo niños a este mundo. Hasta el momento había sido la única matrona del pueblo que tras los partos ningún recién nacido ni madre habían fallecido ni tan siquiera bebés deficientes mentales o deformes. Hace seis años fue la comadrona de Estella, las demás se habían negado a ayudar a su madre porque su familia es protestante, así que tenía un vínculo muy especial con la niña y su madre. Siempre que podía la visitaba por las mañanas cuando estaba dormida y rezaba para que sanara y su alma estuviera protegida de todo mal. Normalmente, la miraba con una sonrisa tierna y compasiva, mientras acariciaba su cabello y la espantosa cicatriz de su gemelo derecho. Antes de marcharse solía dejar un olor embriagador a cítricos.

Una noche de tormenta Estella estaba con fiebre y delirando, se encontraba inquieta y sudando en la cama. Las monjas se turnaban por la noche para ponerle compresas frías en el cuerpo y rezar. Cuando parecía

que se había calmado abrió los ojos, giró la cabeza hacia a la izquierda y dijo a Sor Emily con voz clara.

—Mamá es una bruja.

—¿Cómo?

—Mamá es una bruja.

Tras esta frase se durmió plácidamente, como hacía semanas que no hacía. Sor Emily fue corriendo a decírselo a la abadesa Lily que a su vez se lo comunicó al padre Doyle. Al principio pidió cautela y calma para poder hablar con el pastor McGregor y su familia para que no se propagara la acusación a su madre por si fuera una alucinación. En el caso, de que fuera cierto, tomaría medidas legales y morales.

El padre Doyle fue a casa del pastor McGregor después de la misa de doce junto con el alcalde, el juez y el escribano de Adare. También los acompañaba la comadrona Olivia Wilde junto con su labradora de color marrón chocolate y ojos negros Vivien, la única presencia femenina en un grupo de ilustres e inteligentes varones para que la madre de Estella se sintiera en un ambiente de confianza mientras hablaban con ella. No sería juzgada oficialmente, pero si interrogada legalmente y siguiendo un procesamiento racional tal y como se estaba desarrollando en la Europa

moderna. Lo hicieron por precaución porque el pueblo seguía siendo supersticioso y así evitar los rumores de brujería, pero salir después de la misa no es que fue una gran idea. Una vez que llegaron a la casa, llamaron a la puerta en tres ocasiones, cuando se dieron la vuelta, algunos individuos estaban escondidos cotilleando y cuchicheando porque su principal sospechosa, Mary McGregor, sería detenida y, seguramente, el resto de su familia o los llevarían a la cárcel. Hasta el quinto toque no abrió la puerta el hijo mayor Henry McGregor.

Los cinco, incluyendo a la labradora Vivien, entraron a la casa donde estaban los miembros de la familia McGregor muy serios y tristes antes esta situación. Sus férreos principios morales les impedían mezclarse con los católicos, pero por su hija Estella estaban dispuestos hacer lo que fuera necesario, aunque de todos modos no tenían muchas opciones.

Olivia Wilde se acercó a Mary mientras que Vivien acostó en el suelo a los pies de su dueña. Todos se sentaron alrededor de la mesa y el padre Doyle les comentó la situación.

—Stella se encuentra un poco mejor. Si que es cierto que nunca se recuperará del todo y tendrá secuelas de por vida y está siendo muy bien cuidada —

comentó mirando primero a la madre y luego al padre—. No obstante, ayer por la noche tuvo una fiebre muy fuerte que le provocó unos delirios y dijo algo que fue preocupante y quería decirlo antes de que se enterara todo el pueblo. Mary, tu hija ha dicho que eres una bruja. ¿Es cierto?

—No. No lo soy. Dijo con pánico.

—Mary, tranquila. No te están acusando. Simplemente, te lo han preguntado. Comentó la comadrona mirando fijamente a la madre mientras le apretaba la mano y muñeca derecha.

—No lo soy. Expresó con tranquilidad.

—¿Venís a mi casa y acusáis a mi esposa de brujería? Gritó el pastor McGregor.

—No tolero que levante la voz. Ahora resulta que los protestantes no tienen modales. Sencillamente, hemos venido a hablar. No hemos venido a juzgar ni detener a su esposa. Su hija no estaba en su sano juicio y nos pareció extraño. Si esto lo hiciéramos en público, se quedaría viudo. Le comentó el juez Joyce.

—Quizás Estella quiso decir—comenzó a escribir el padre Doyle— mamá, es una bruja, en vez de mamá es una bruja. Mary, ¿Estella fue secuestrada o solamente desapareció?

—Estella estaba fuera cuando desapareció, yo estaba cocinando. Seguramente alguien, una mujer, se la llevó, y creyó que era una bruja. Pero quiero que vuelva, la necesito. Por favor, esposo mío, por favor, la necesito. Agradezco el cuidado que está recibiendo en el convento, pero, por Dios, por el Señor, la necesito, necesito tenerla, es mi hija. No me importa que la hayan cuidado los católicos, pero necesito que vuelva. Dijo todo esto de rodillas y llorando delante de su marido.

—De acuerdo, aunque solamente lo diré una vez. Cuando recojamos a Estella nos iremos del pueblo. No nos sentimos seguros en un pueblo católico.

—Encima desagradecido.

—Juez Joyce no eche más leña al fuego. Apaciguó el padre Doyle.

Todos salieron a la calle y había algo inusual en el ambiente de Adare porque había demasiado silencio. De repente, una piedra salió de una ventana de la casa de los Clark y fue directa a la nuca del pastor McGregor y luego otra a su mejilla que le provocó una herida profunda. Se escuchaba de fondo ¡Brujos, brujos!

En un instante comenzaron a salir de sus casas y de varios rincones del pueblo sus vecinos tirando piedras y ladrillos a los miembros de la familia

McGregor. El alguacil, que no había hablado en la casa, salió corriendo y el juez tuvo la intención de ayudarlos porque esta situación no era normal, pero el padre Doyle le cogió de la muñeca y lo paró en seco.

—Esta no es nuestra guerra, tenemos que irnos. Ordenó a todos los presentes.

Los pueblerinos lapidaron a la familia hasta que murieron todos, la madre fue violada una vez muerta por el panadero de Adare, y quemaron sus restos en la plaza de Saint Joseph y los desperdigaron al río.

Este acontecimiento tan horrible no fue juzgado por nadie ni tampoco removi6 las conciencias de los feligreses, sencillamente siguieron con sus vidas, como si no hubiera pasado nada o como si fuera una situaci6n habitual. Ni siquiera el juez Joyce, un hombre culto y racional, que escribi6 en su diario sobre lo ocurrido, pudo explicarlo. S6lo pudo guardar silencio, como si una fuerza superior le impidiera investigar y analizar este tenebroso hecho.

En casa del padre Doyle, la comadrona Olivia Wilde contemplaba desde la ventana cerrada como jugaban unos ni6os. Era un d6a espl6ndido de primavera. Hab6an pasado tres meses desde el suceso.

—La energía de los niños alimenta mi alma. A ti tu hermoso cuerpo. Ya hemos aprendido a ser más discretos. Susurró a su oído el padre Doyle. Ella sonreía y lo miraba de reojo.

—La pequeña Estella está mejor de salud, pero no recuerda lo ocurrido, lo cual es buena señal. No obstante, todavía no come sólidos y parece un bello cadáver, aunque comestible. Comentó la comadrona lamiéndose los labios.

El padre Doyle, con un voluminoso y deseable bulto en el centro de su sotana, cogió las llaves y fue hacia el sótano, que siempre estaba herméticamente cerrado y toda persona ajena, excepto la comadrona, no podía entrar y salir de allí.

Olivia aprovechó para quitarse su dentadura de marfil y dejarla encima de la mesa, con algunas babas colgando, y dejar al descubierto sus auténticos dientes largos y afilados, le encantaba pasar su lengua por ellos, y con manchas negras en el centro mientras miraba fijamente al pequeño y sabroso Charlie Wilde, su hijo.

Jeanne, mi Jeanne, nuestra Jeanne, vuestra Jeanne, Jeanne

Jeanne Hébuterne se encontraba dibujando al atardecer el reflejo de una Virgen María con su hijo Jesús que había en el suelo de su habitación. Lo había esbozado miles de veces, siguiendo las directrices artísticas tradicionales. Ella se encontraba sentada como una geisha sirviendo el té a su dueño, con gracia y dulzura. Vestida de negro y con la cabeza ligeramente inclinada a la derecha y con rostro serio dibujada en trance, sin mirar su cuaderno. Lo único vivo en ese instante era su mano, que era independiente de su cuerpo.

Vivía recluida en un presidio cilíndrico, situado en el jardín de su hogar, formado por columnas de mármol traídas de Atenas y vidrieras góticas de múltiples colores que representaban todos los mártires, santos, vírgenes entre otros personajes de la Biblia. Dependiendo de la luz y del color a veces podías ver a un hermoso san Sebastián por las mañanas y por la noches con la luz de la luna podías observar a una Eva arrepentida de portar el pecado original. Todo dependía de la óptica y del estado de ánimo de la joven Jeanne.

Detrás había una puerta de color verde con margaritas que solamente podía abrir y cerrar su padre, quien tenía la llave. La dulce Jeanne vivía recluida, alejada de las novedades y tentaciones. Al contrario que su hermano que vivía en un cilindro transparente situado en frente formado por dibujos obscenos de color negro que solamente podían verse desde el interior, ya que desde el exterior su hermana no veía nada, sólo un tubo transparente y aparentemente sin vida. Su hermano André si tenía una llave y, por tanto, tenía la libertad de entrar y salir de su presidio, algo que ella ansiaba en su interior, pero que temía pronunciarse por miedo a que la amenazaran con quitarle lo único que le daba vida que era dibujar y pintar. Ya lo hicieron en una ocasión y casi pierde la cabeza. Sin embargo, esos instantes de pérdida de su cordura, provocaron en ella una fortaleza interior que la hizo más fuerte y resistente durante años, pero que estaba a punto de resquebrajarse como se reflejaban en sus dibujos. Había grietas cada vez más profundas que solamente ella veía y sentía y que se podían observar en sus dibujos, aunque a simple vista no eran visibles.

André Hébuterne tenía una libertad ilimitada a la hora de pintar y dibujar. Podía elegir tema y estilo, que

siempre tenía el visto bueno de su padre. Podía entrar y salir de su cilindro amigos y amantes de todas las edades para inmortalizarlos o para alguna fiesta desenfadada. Cuando ocurría estos acontecimientos, Jeanne lo observaba a escondidas a través de los múltiples colores de las vidrieras, pero no escuchaba nada, ni la música ni los gritos, ya fuera por placer o por alguna borrachera, ya que el presidio de su hermano estaba insonorizado. Aunque la joven no entendía lo que estaba ocurriendo, deseaba formar parte de la vida de su hermano o hacer lo mismo que él.

Todos los que entraban y salían de la vida de André ignoraban a la dulce Jeanne, otros la observaban como si fuera una criatura mítica de un gabinete de curiosidades. Pero una noche de tormenta hubo alguien que no apartó su penetrante mirada, ignorando la juerga de musas y pintores que había en el cilindro de cristal, de aquella figura delicada y bella que pintaba una acuarela de la joven Judith antes de degollar al general Holofernes. Aquel hombre era Amadeo Modigliani. Jeanne ignoró toda esta situación, aunque en su espalda sintió un escalofrío que se extendió en su cuerpo, su cabeza ardía y palpitaba y no la dejaba respirar. Se dio

la vuelta involuntariamente y entonces y sólo entonces comenzó la locura.

Ambos se acercaron con lentitud sin apartar la mirada. Cada uno había sido hipnotizado por el otro. En cuanto se dieron cuenta que el vidrio de color azul lo separaba pegaron sus manos y el cristal comenzó a resquebrajarse y un olor a quemado comenzó a impregnar el cilindro de Jeanne. El artístico presidio comenzó a arder causado por la pasión incontrolable de la joven ante ese misterioso pintor de brava mirada. Ella se encontraba inmovilizada y Amadeo intentó romper el cristal con los puños sin éxito. Cinco minutos después el fuego desapareció y ambos se desmayaron. Al día siguiente, Jeanne creyó haber soñado, pero cuando vio al pintor toscano dibujando junto a la entrada del cilindro supo que tendría la oportunidad de escapar y había encontrado a su salvador, a su caballero andante que la rescataría de su hermosa prisión. Amadeo no se separaría de allí hasta que tuviera el visto bueno de su padre para casarse con ella, sino la raptaría.

Pasó un mes y Amadeo Modigliani no se movió de la puerta de su amada Jeanne Hébuterne. No podían comunicarse verbalmente, pero sí a través de unos códigos pictóricos que ellos mismos habían inventado.

Por ejemplo, unas alas significaba libertad o una espada simbolizaba el sexo.

El padre de Jeanne hizo todo lo que pudo para poder echar al pintor e incluso André, por su integridad, le decía que no perdiera el tiempo, que se marchara. Amadeo no quería seguir escuchando a su compañero y suplicaba todos los días la llave para abrir el presidio y poder irse con su amada Jeanne. Cada día se encontraba desesperado porque no podía alimentarse solamente de su amor. La necesitaba físicamente. Así que una noche de tormenta cogió con todas sus fuerzas el pincel más grande que tenía y lo clavó en el cristal y éste comenzó a romperse. Volvió hacerlo varias veces el pincel en el cristal hasta que consiguió romper la puerta del presidio, cogió por la cintura a Jeanne y silbó. Apareció un corcel con un cuerno pequeño en la frente, subieron y huyeron juntos ante la atónita mirada del padre y hermano de Jeanne. El cilindro de vidrio policromático se destruyó para transformarse en polvo de estrellas. A medida que se alejaban los inocentes amantes, el cuerno del caballo iba creciendo en altura y anchura.

Con el mismo rostro que el caballo fantasmagórico de Fuseli, Amadeo Modigliani cabalgaba

agarrando con fuerza el crin del caballo mientras su amada Jeanne Hébuterne se encontraba serena como la santa Dorotea de Zurbarán.

El hermoso corcel se paró en seco y ambos amantes se bajaron. En ese momento, al bello animal le salieron unas alas de mariposa y salió volando hasta la cara oculta de la luna. Lo único que quedó de este mágico equino fue su suave cuerno. Los artistas subieron la escalera de Job que tenía forma de caracol —sus zapatos estaban lleno de babas— a la misma velocidad de la luz donde Amadeo tenía su estudio. Cuando llegaron sus ropas de desintegraron quedando completamente desnudos. Se acercaron y el estudio se incendió haciendo desaparecer a los amantes durante semanas. Una vez que volvieron al mundo real comenzó la pesadilla.

“La desnudez de la mujer es una obra de Dios” era una frase de Blake que rondaba en la cabeza de Amadeo desde que conoció a Jeanne especialmente cuando posaba para sus cuadros como modelo y cuando ejercía de alumna y desnudaba sus pensamientos en sus obras. Comenzaron a vender los cuadros a sus amigos más ricos y vivían en una ensoñación infinita, pero en realidad eran marginados, señalados por el vulgo y

rociados por la envidia de otros pintores y sus decrepitas musas.

Cada vez que salían del estudio y caminaban por el mundo real el ambiente ahogaba el alma de Amadeo. El murmullo femenino se mezclaba con las miradas indiscretas de las monjas, los dedos inquisidores de los sacerdotes que señalaban a estos pecadores y los celos de pintores y musas anónimos que no podían soportar que el amor, la pasión y la libertad tuvieran forma humana. Esos dueños de aquellos conceptos universales no podían soportar la idea de que sus férreas ideas se hicieran realidad. Querían vivir de sus ideas y que no se convirtieran en hechos.

Jeanne fingía con educación, aunque por dentro la devoraba un demonio que la consumía cada segundo y Amadeo bebía y se drogaba de forma impulsiva, así que las salidas eran cada vez más escasas y cortas porque en el estudio es donde realmente se sentían resguardados de todo mal y no escondían su creatividad.

Nueve meses después fueron padres de una niña a la que pusieron Jeanne que tenía forma de querubín. Una inspiración fruto del amor más intenso que se podía sentir a la que tuvieron que renunciar y dieron en

adopción. Este hecho destrozó sus vidas dando lugar a que se quedaron atrapados en un limbo de decadencia e infortunios. Lo único que los mantuvo vivos durante un tiempo fueron sus obras.

La fealdad se apoderó en cada molécula del cuerpo, mente y alma de Jeanne. Sentía tanto dolor que creía que le habían arrancado el corazón, los senos y el útero y sólo quedaba restos de piel y goteaba gotas de sangre que dejaban su rastro en el decadente estudio. Sin embargo, al mismo tiempo el amor y la pasión que sentía por Amadeo la mantenía viva y no le importaba ni comer y ni beber durante días siempre y cuando él estuviera a su lado. Sentir su aliento en su rostro era lo único que pedía cada día. Ya ni si quiera le importaba pintar. Por parte de Amadeo, su adicción al alcohol y las drogas aumentó de tal manera que vendió sus herramientas de trabajo y últimos bocetos para poder satisfacer sus adicciones porque su amada Jeanne era una obsesión gratuita.

La dependencia tan enfermiza que había entre los amantes llegó hasta tal punto que cuando llegó el invierno prefirieron vender la única manta que tenían para abrigarse y calentarse con sus cuerpos. No fueron conscientes que estuvieron abrazados en la misma

posición durante cuatro días. Al quinto día el hermano de Jeanne, André, entró a la fuerza en el estudio y encontró a su hermana despierta delirando y en estado avanzado de gestación y Amadeo con fiebre y respirando con dificultad. Había restos de sangre en su camisa. El ambiente bohemio de los pintores se había transformado en un lecho de podredumbre donde ni las ratas se atrevían a pasar el rato.

Al día siguiente, Amadeo Modigliani falleció a las 35 años de edad por tuberculosis acompañado por su fiel y amada compañera Jeanne Hébuterne. Aquel héroe griego que la había rescatado de su fortaleza vidriada había desaparecido. Solamente quedaba sus huesos y su piel. Cuando André comprobó en primera persona que había fallecido cogió el mismo pincel que utilizó un año atrás para romper esa fortaleza y se lo clavó en el cuello con fuerza. No salió sangre, sino litros de vodka.

Para Jeanne todo había finalizado. En el estudio se escuchaban cientos voces hablando sobre su situación. No sabían qué hacer con ella y con sus hijos. Volvió a sentir el mismo escalofrío cuando conoció a Amadeo y se dio la vuelta. Media ventana del balcón estaba abierta y se acercó como un autómata y abrió la otra ventana, agarró sus manos con fuerza y se tiró. Se

escuchó un ruido tan atroz seguido con unos gritos que hizo saltar las alarmas en la familia Hébuterne.

Jeanne se despertó completamente desnuda y embarazada buscando a Amadeo que se encontraba nadando entre delfines. Anduvo hacia él, pero no pudo porque había una pared invisible que no le permitía estar con Amadeo. El propio Amadeo se percató y quiso romper dicha pared, pero fue imposible. Estaban condenados a estar en el Paraíso, pero por separado para siempre. Era un castigo inquebrantable.

La belleza del lobo

El amor, el dolor y el placer siempre están en guerra.

Publilio Siro (85 a. C. — 43 a. C.)

Venus observaba con preocupación la noche estrellada desde su ventana. Se encontraba inquieta por el juicio que se llevaría a cabo mañana por haber desobedecido a Júpiter y no haber cumplido sus obligaciones como esposa del deforme Vulcano. Roma, su único hogar, le parecía un lugar sublime y no quería irse a ningún otro sitio. Pero cuando Marte apareció en su vida sintió que la ciudad era veneno y deseaba cada día desde que lo vio por primera vez hace seis meses en marcharse y no volver jamás. Se sentía atrapada y angustiada y solamente quería volar con su amado guerrero. Se estaba abrazando a sí misma y clavándose sus uñas, pero no era consciente de ello y el dolor físico no formaba parte de la vida de los dioses.

Marte se acercó detrás suya y la rodeo con sus fuertes brazos y besó su cara y cuello con suavidad. Venus se dio la vuelta, lo abrazó con fuerza y comenzó a llorar porque sería juzgada por haber elegido

personalmente a su inmortal compañero y no seguir amando al que le había asignado el padre de los dioses.

Hace seis meses el amor y la pasión carnal surgieron sin los atributos designados.

Venus todavía sigue siendo la diosa de la belleza femenina, pero nunca se sintió hermosa. Se miraba delante del espejo cada mañana y veía a un ser hermoso, pero por dentro estaba vacía, sin pasión y sin sentimientos. Observaba como idealizaban los mortales su cuerpo, su larga melena ondulada y su mirada seductora que personificaba el amor carnal, un amor que no había conocido. Como hija nacida del mar, se bañaba cada día desnuda ante la violenta mirada de todos los dioses y se sentía observada y estrecha. Cada mirada la hacía más pequeña y estrujaba su mente hasta dejarla desolada. Solamente era feliz cuando nadaba sola, sin miradas indiscretas, pero eso ocurría en contadas ocasiones. La obligaron a casarse con Vulcano, dios del fuego. No era precisamente guapo, más bien un horror, era aburrido y sin ningún interés que no fuera su fragua. Cada día se arrepentía de haber aceptado este matrimonio tan tedio y cruel. Obligada por el padre de los dioses en agradecimiento por haberlo ayudado en el parto de Minerva, no es que se llevara mal con ella, pero

en su interior había un rencor que se acumulaba cada día y que podría explotar en cualquier momento.

El contraste que formaba este matrimonio era perfecto entre los dioses y mortales, donde nadie se casaba por amor, sino por obligación. Podía tener todos los amantes que quería, pero ninguno la satisfacía. Cuando se acostaba con ellos deseaba que cada acto sexual terminara, cuanto más corto mejor. Sin embargo, todos caían a sus pies gracias a unas joyas que le había fabricado su marido y la convertían en prisionera del deber sexual. Cuando se los quitaba, se sentía libre, pero por poco tiempo porque Júpiter le mandaba alguna ardua tarea como seducir algún mortal. Deseaba poder gritar, dar y sentir placer sin ningún atributo, deseaba poder dormir sola en su concha blanca que siempre olía a espuma marina pero, sobre todo, lo que más anhelaba, era ser amada no por su belleza, sino por su existencia.

Millones de vidas perdidas, hombres, mujeres y niños pesaban en la conciencia de Marte. Como dios de la guerra estaba destinado a que hubiera conflictos entre los mortales por cualquier motivo, ya fuera por economía, comercio o codicia. Le gustaba las estrategias militares y los sistemas defensivos creados por el hombre, pero no le gustaba la cantidad de personas que

sufrían las graves consecuencias de las guerras ya fueran directas o indirectas. No podía inmiscuirse en esos asuntos, ya que debían de solucionarlos ellos mismos. Todo este panorama le provocaba desvelos, mal humor, se encontraba siempre tenso y en alerta, como un felino antes de cazar a su presa. Pero lo que peor llevaba, era ser el dios de la belleza masculina. El representaba la virilidad y no podía expresar sus pensamientos y emociones porque era signo de debilidad. Cada vez que brotaba de su interior algún sentimiento ajeno a la virilidad, se reprimía y se enfadaba consigo y con todos los dioses.

Cuando se ponía su casco, coraza y espada sentía un gran peso sobre sus hombros, pero cuando se lo quitaba sentía que en su cuerpo y su mente emprendía un estrés que se había convertido en crónico y sus músculos se tensaban y no dormía durante las noches. Un cúmulo de contradicciones que no le dejaba respirar. Su padre, Júpiter, le obligó a casarse con su hermana Belona, que adoraba la guerra y disfrutaba de cada victoria, cada muerte y cada dolor que sentía los supervivientes. No tenía cargo de conciencia como su marido, pero él nunca lo expresaba públicamente. Cuando hacía el amor con ella era tan violento, que

deseaba que acabara cuanto antes. Nunca tuvo un orgasmo, nunca tuvo una erección sin tocarse antes y nunca miraba directamente a los ojos de su esposa o de alguna amante. Siempre se miraba con rabia y repulsión ante el espejo roto que tenía en su dormitorio. Lo había roto de un puñetazo hace unos días. Se suponía que el representaba la sexualidad y la pasión masculina, pero deseaba con todas sus fuerzas ser amado apasionadamente, quedarse sin respiración ante alguien que lo impusiera, alguien con quien poder gritar, abrazar, besar y amar con desesperación.

Marte caminaba pensativo por un campo de olivos. Solía hacerlo cuando quería estar solo con sus pensamientos y remordimientos. Solía coger las aceitunas que había en los árboles y se lo comía, le encantaba el amargor en su boca. Luego guardaba los huesos en una bolsa de cuero marrón para dárselo a su perro labrador Aníbal, el ser más noble y leal que había conocido. Fue un regalo de Plutón e iría a recogerlo por la noche porque solía vigilar las puertas del Inframundo un par de veces por semana.

A mitad de camino, escuchó un sonido que provenía del lago de *Bracciano*, alguien se estaba bañando y decidió saber quién era. Cuando llegó vio

como Venus estaba nadando de espaldas, desnuda y radiante. La conocía desde hacía años, pero nunca se había fijado en ella, es decir, nunca la había visto sin sus atributos. Se quedó observando detrás de un árbol mientras ella se zambullía para luego aparecer con los brazos abiertos, mirando al cielo con una sonrisa y respirando con agitación. Sus senos mojados brillaban con la luz del sol.

Él se acercó como un autómata sin poder fijar la vista en otra cosa que no fuera la diosa de la belleza. Ella salió del lago espléndida, como si fuera una diosa nueva y miró que Marte se acercaba cuando se ponía un vestido que marcaba su idílico cuerpo. Lo reconoció enseguida porque era imposible no fijarse en un dios de cerca de dos metros, musculoso y cabreado todo el tiempo. Pero esta vez parecía diferente. Lo observaba sin sus armas, relajado y vigoroso. Pero no se encontraba de humor para mantener una conversación con un dios que parecía ahora mismo un sátiro que el dios de la guerra.

A medida que se acercaban, su entorno se volvió oscuro y las únicas luces naturales eran sus cuerpos y sus ojos eran dos puntos de color verde. Cuando volvieron a la realidad Marte le hizo un comentario.

—Para ser la diosa de la belleza tampoco eres para tanto. —Lo comentó de forma sarcástica mientras le temblaba los labios, aunque en realidad pensaba lo contrario—. “Irresistible. Me da pánico rozarte porque temo que moriré. Aunque es imposible que esto ocurra”.

—Tú para ser el prototipo de hombre viril tiembles como una niña. —Le contestó Venus, pero en realidad tenía pensamientos que nunca había tenido por nadie—. “Me muero por ser el sudor que brilla en su cuerpo”.

Se acercaron con más intensidad hasta que Venus miró hacia arriba y Marte hacia abajo y sintieron, lo que llamarían siglos más tarde, electricidad brotando de su piel. Ambos respiraban de una manera silenciosa. Él no fue consciente del temblor en sus manos y la primera erección que tuvo sin tocarse en su larga vida y ella de que cada orificio de su cuerpo era un río bravo y el resto de cuerpo se encontraba duro y doloroso.

Ambos se volvieron al campo de olivos. Andaban al unísono sin decir palabra. Ya no se miraban porque no se atrevían. Sus cabezas estaban siendo torturadas por miles de pensamientos eróticos, llegando a traducirse físicamente a un aumento del volumen de sus cuerpos. A mitad de camino se pararon, se dieron la

vuelta. Marte la rodeó por la cintura y Venus alargó sus brazos hasta atrapar su tenso cuello y se besaron durante horas hasta que sus labios terminaron mojados, mordidos y ensangrentados.

Se despidieron sin decir palabra alguna. Durante semanas ese delicioso encuentro penetró en sus mentes como un sable afilado. Los dioses de la belleza femenina y masculina se estaban transformando en un solo dios.

Marte fue a recoger a su perro Aníbal, que era sin duda el compañero más leal que había conocido. Era el único que cuando lo veía lo trataba con respeto y admiración y no lo miraba con odio y pavor como el resto de los dioses y algunos mortales. Para estos últimos, era el dios más temible y, por tanto, el más respetado y todos los varones querían ser como él. Era algo que el propio Marte no podía soportar.

Todavía sentía el ardor en los labios cuando vio como corría su fiel compañero.

—Hola amigo. ¿Qué tienes en la boca? —
Comentó Marte con una sonrisa porque rara vez estaba de buen humor. Se sentía extraño.

—Le he dado una mano de un mortal que se coló en el Inframundo. —Dijo Plutón—.

Se acercó a su amigo y le dio un abrazo. Era uno de los pocos dioses con los que se llevaba bien. Además, de ser su único confidente.

—Me ha pasado algo inexplicable. Algo que nunca me había ocurrido.

—Dime Marte. —Comentó Plutón—. Mientras caminaban juntos y Aníbal jugaba con la mano mortal y con el escudo de su amo.

Marte le contó todo lo que había ocurrido y Plutón no daba crédito a lo que decía.

—Me has dicho que no llevaba los atributos ni tú tampoco, ¿Correcto?

—Correcto.

—Te daré un consejo. Mira, a mi esposa la veo cada seis meses por culpa de su madre. Bueno, al revés. No son cosas que ocurran todos los días. ¿Quieres un consejo?

Afirmó con la cabeza.

—Sigue con ella. Más temido y odiado por los dioses no vas a estar y que los dos dioses más opuestos y a la vez tan parecidos se sientan atraídos sin sus atributos de por medio es una provocación de los dioses, algo contra natura, y ya sabes que me encanta llevarle la contraria a los viejos dioses, especialmente al jefe.

Marte salió renovado de las puertas del Inframundo junto con Aníbal que sentía como su amo iba cambiando a medida que andaba. Era un nuevo dios, un nuevo ser. Era un lobo que corría detrás de una bella paloma. Así que fue a casa de Venus, se encontraba sola como cada día porque las fraguas de su marido eran más importantes que su hermosa esposa, abrió la puerta y caminó hacia atrás sin aliento, sin dejar de mirar a ese dios tan fuerte, valiente y viril. Él la cogió en brazos y la besó. Ella le devolvió el beso. Sus labios eran una masa esponjosa y su saliva aceite de oliva. Cada segundo que pasaba las manos de los dioses sudaban, no sabían dónde agarrarse. Cuando dejaron de besarse, se miraron fijamente a los ojos sin decir ninguna palabra. No fueron conscientes de que habían abierto la puerta de su propio infierno.

Cada sacudida era más violenta que anterior. Ni siquiera estaban totalmente desnudos porque Marte había roto el vestido de Venus por la mitad, a la altura de la cintura. Se miraban desesperadamente, con los ojos tan abiertos y la barbilla se movía de arriba a abajo con dolor. Venus acercaba su rostro ante un Marte bélico, el coito era un asesinato con malicia. Cuando él paró, las barbillas de ambos temblaban de terror,

hundió su cara contra la almohada y comenzó a llorar y gritar, suplicando perdón a la diosa de la belleza por haber sido violento en su primer encuentro. Lejos de no perdonarle, se limitó a estar en silencio y abrazarlo con todas sus fuerzas.

Durante toda la noche, Marte abrió su mente y su alma por primera vez en su vida, habló sobre los gritos de las mujeres, las muertes de jóvenes y los niños que las guerras había dejado huérfanos. Cada segundo de su existencia lo perseguían y eso le provocaba una tensión que solamente lo expresaba con violencia. Venus le habló de su ninfomanía, su soledad y la insatisfacción que sentía cada día cuando se miraba delante del espejo. Ambos acabaron abrazados con tanta fuerza que ni el propio Júpiter podría separarlo. Todo esto ocurría ante la mirada indiscreta de Baco, que se encontraba alcoholizado y observaba por la ventana como mirón que era, y ante la mirada indiscreta de Mercurio, que observaba con escándalo este acto contra natura y debía informar al padre de los dioses. Pero esperaba con paciencia y maldad para que sus castigos fueran crueles.

Los amantes inmortales tenían cada día que podían encuentros secretos y acalorados. A veces era cortos, pero intensos, y otros largos que podían durar

días desaparecidos y pasarse todo el día desnudos en el bosque o nadando en distintos lagos. Cuando realizaban sus obligaciones como dioses de la belleza masculina y femenina, deseaban finalizar lo más pronto posible para poder verse. Rara vez coincidían con sus atributos y si lo hacían disimulaban ante otros dioses y eso provocaba miradas furtivas y aumento de la tensión arterial que podían escucharla, aunque hubiera un murmullo de dioses. No volvieron a acostarse juntos hasta tres meses después. De esta manera, la tensión sexual acumulada se descargaría con paciencia, placer y amor, sobre todo con placer.

El segundo encuentro ocurrió unos meses después del primer encuentro. Estaban en la habitación conyugal de Marte —su esposa normalmente se encontraba ausente—. La ventana estaba abierta de par en par y los amantes en un rincón mirándose fijamente y con apenas un milímetro de separación entre sus rostros. Venus lo besó y al separarse de él, inclinó la cabeza hacia atrás, se agarró con fuerzas a sus musculosos brazos y lo rodeó con su pierna derecha como una serpiente venenosa. Marte comenzó a olfatear su cuello que olía a perfume salado como un hermoso lobo olisquea su apetitosa presa que luego devorará

como una fiera salvaje sin remordimiento. Terminaron abrazados y se transformaron en una ola apasionada que luego se evaporó dejando un olor a sal marina. Todo el que pasaba por delante de la casa y lo respiraba terminaba haciendo el amor con el primer hombre o mujer que veía. Nueve meses después el número de nacimientos habían subido considerablemente. Cuando los dioses volvieron a sus formas originales, se despidieron hasta el día siguiente, cuando tendría lugar el peligroso tercer encuentro sexual esta vez en el campo de olivos donde surgió su amor prohibido.

Llevaban varias horas engulléndose mutuamente bajo la sombra de un olivo. Marte movía sus omóplatos con intensidad mientras Venus se agarraba con fuerza a ellos y sentía sus hipnóticos movimientos. Gritaban cada vez con más fuerza, llegando al unísono. Los ojos de ambos dioses estaban en blanco cuando una red de pescador cayó sobre sus cuerpos atrapándolos, pero no fueron conscientes de ello hasta que la red se volvió metálica y ya no pudieron moverse. Temieron lo peor cuando apareció Vulcano, esposo de Venus, y Belona, esposa de Marte. Cada uno se encontraba en una esquina de la red, observando a los amantes con horror. No podían salir de la red

metálica que era cada vez más estrecha y el pene de Marte se quedó atrapado en el sexo de Venus. No podía moverse hacia delante e imposible hacia atrás. Un rayo calló en el campo y aparecieron en forma de medio círculo todos los dioses principales observando la patética escena. Murmuraban, juzgaban y señalaban a los dioses de la belleza que habían caído en la trampa de Vulcano. Marte se arrepintió de no llevar su espada para poder deshacer la red, pero no sabía de qué era imposible hacerlo porque solamente lo podía romper el adefesio marido de Venus. El único que parecía contento era Baco que aplaudía sin parar, entusiasmado ante el tercer encuentro sexual que había visto de principio a fin.

Una vez liberados, fueron llevados a unas celdas donde esperarían por separado sus juicios y sus posteriores condenas eternas, pero Plutón ayudó a que se escaparan esa misma noche y fueron a casa de Venus, donde esperarían con diligencia, pero con preocupación, sus juicios. En el fondo se sentían como flores marchitas haciendo esfuerzos sobrehumanos para vivir unos segundos más. Lo peor no serían los castigos impuestos por Júpiter, sino que ninguno se arrepentía de lo que habían hecho, y eso nos les

favorecería porque eran culpables de desobediencia y desviación carnal y divina porque el único dios que tenía derecho a actuar con libertad era el padre de Marte.

Los dioses principales estaban reunidos en la colina Viminal en forma geóide. Los dioses secundarios se encontraban en la zona más baja y no podían participar activamente en el juicio, solamente observar y callar. Todos observaron como Mercurio llevaba a Marte y Venus en unas celdas de mimbre. Una vez que los dejó en el suelo delante de Júpiter, las puertas de las celdas se abrieron y pudieron salir, pero no podían abrazarse ni siquiera mirarse durante el juicio, ya que estaba prohibido. Venus estaba con sus mejores galas y sus atributos y sus animales una paloma, un carnero, un cisne y un mirto. Cada animal llevaban puesta una corona de rosas en sus cabezas. Marte estaba ataviado con su escudo, coraza y espada. Su torso desnudo provocó desmayos entre las diosas vírgenes y su mirada penetrante y furiosa incitó celos entre los dioses, excepto a Baco, que se encontraba roncando con la boca abierta y un hilo de vino colgando. Junto al dios de la guerra se encontraban sus animales el lobo, el pájaro carpintero y su perro Aníbal. Todos los animales llevaban puestos unas corazas de oro con relieves que

representaban a las amazonas y unos cascos con plumas rojas.

—He respetado que lleguéis a este juicio dignamente e incluso he sido benévolo de que no fuerais apresados como esclavos, pero eso no quiere decir que vuestros castigos sean menos dolorosos—. Comentó Júpiter con determinación.

—Vuestro delito ha sido la desobediencia, la fornicación deliberada y sin que esté bajo mi control, enamorarse como los mortales, romper con vuestras misiones terrenales y divinas y despojaros de vuestros atributos. No tenéis derecho a hablar ni que nadie os defienda...

—Estoy a favor del amor y sexo libre—. Gritó Baco para luego quedarse dormido. Júpiter cogió aire y prosiguió.

—Como decía antes de que interrumpieran — Parece mentira que sea hijo mío— no tenéis derecho a hablar ni que nadie os defienda —Se escuchó un ronquido muy fuerte— y declamo que este es vuestro castigo. Os condeno a seguir siendo los mismos dioses que antes, a vigilancia extrema y que cuando os encontréis os volváis invisibles y así nunca volveréis a veros. Esta es mi sentencia.

—¡Cállate! Es una orden.

Los dioses no sabía quién había gritado y la tierra comenzó a temblar. Escucharon unos pasos que le eran muy familiares a Júpiter.

—Padre. Dijo Júpiter con voz temblorosa.

—Hijo. Dioses. Dioses —a los secundarios—. Marte. Venus. Aníbal. Indicó el titán Saturno observando con desprecio a su hijo. Debería haberlo digerido mejor.

—He vuelto para deciros a todos que este juicio es ilegal y, por tanto, no es válido. Los dioses gritaron al unísono.

—Estos castigos fueron un invento de mi hijo que es un egocéntrico e hipócrita que nunca cumple con su cometido. ¿Pensabas que nunca se iban a enterar, hijo mío? Dijo con sarcasmo.

Júpiter se encontraba en silencio. Su padre, uno de los antiguos dioses, era el único que le imponía y por el que sentía pánico, nunca respeto.

—Así que declaro como primer dios de este mundo a que deshaga este teatro absurdo y que ambos dioses son libres para seguir juntos y controlar sus misiones y atributos de forma individual. Queda dicho. Sentenció Saturno.

Venus y Marte se abrazaron y besaron mientras los dioses se iban yendo sin palabras y Júpiter se fue enfadado, era la segunda vez en su existencia que su padre le humillaba, y dejando claro que les estaría vigilando día y noche. Baco seguía dormido, así que Mercurio lo sacó de allí volando para dejarlo en su hogar.

Los amantes se prometieron no volver a estar con sus respectivos cónyuges.

—Deberíamos hacer un largo viaje para conocer las maravillas de los mortales—. Marte estuvo de acuerdo con Venus mientras le tocaba el vientre porque un nuevo dios iba a nacer.

Epílogo

—Te dije que no era el mejor día para ir a la ciudad. ¡Mira que viento tan desagradable! Hace que te vuelvas loco y estoy masticando arena. —Comentó Marte mientras buscaba a su hijo en medio de la tempestad provocada por el viento del este—.

Cogió a Cupido de un trozo de su ala para llevarlo hacía él, mientras el pequeño amorcillo decía que quería seguir volando.

—No Cupido, si lo haces mamá te va a regañar.
Mira tu arco y tus flechas ahí tiradas por el suelo.

—Es muy pequeño y todavía no ha desarrollado su potencial. —Dijo Venus cuando recogía las flechas con Marte—.

—Te dije que era mejor ir a *Cartago Nova*. Ya sabes que las ciudades mediterráneas me encantan. Soy hijo del mediterráneo.

—Lo sé. —Comentó con una sonrisa pícara—. Que tendrá el salitre del mar que hace a los hombres atractivos y a los dioses irresistibles.

—Lo dijo la diosa que nació en una concha.

Observaron hacia el horizonte de una pequeña playa.

—Mira, otro barco hundido. Esta zona está llena de ellos. —Observó hacia la derecha—. Cada piedra es distinta en esta playa. Deberían ponerle un nombre a cada una.

—Lo harán. Sé que lo harán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aman esta tierra más que a su propia vida. Lo van a transmitir durante generaciones. Como ocurrirá con nosotros.

Venus lo expresaba mientras los tres —Cupido una vez más desobedeció a su padre y revoloteaba a su alrededor contra el viento del este— esperaban exaltadamente el ocaso de los dioses bajo la atenta mirada y los ojos amenazadores de Júpiter.

La competición

Era la noche más calurosa que se recordaba en Roma. El aire caliente provocó que la ciudad estuviera desierta. No había ningún ánima en las calles, inundada por una arena marrón oscura parecida a la arcilla. Nadie podía dormir y respiraban con dificultad porque era peor tener la ventana cerrada que abierta.

El único ruido que se escuchaba era el de los prostíbulos donde a lo largo del día y de la noche habían tenido excesivo trabajo, algo que agradecían los dueños de estos establecimientos, pero no tanto las prostitutas, al menos algunas de ellas. Desde uno de los mejores lupanares de la ciudad podían oírse los aullidos de un gladiador hispano que tenía atadas sus muñecas hacia atrás y su cuerpo musculoso y maltratado por la sangre y arena se encontraba exageradamente inclinado y tenía las piernas abiertas mientras era penetrado salvajemente por una excéntrica mujer desnuda que solamente llevaba puesto su casco de luchador y un cinturón de cuero de vaca en la cintura con un consolador de mármol en medio. Al mismo tiempo se bebía el sudor de su espalda que sabía a germano. Llevaban una hora seguida, pero ninguno de los dos

quería parar hasta que el consolador se rompió por la mitad. El guerrero se encontraba exhausto y agradecido por haber sido humillado por una mujer como Escila.

Así era su vida desde los catorce años cuando salió de su Sicilia natal. Una vida donde daba un placer ilimitado, ya fuera hombre o mujer, libre o esclavo, dios o mortal. No tenía rival y ninguna mujer podía hacerle sombra hasta que apareció Mesalina, la esposa de Claudio.

Escila aprovechó un descanso, ese día había atendido a ocho hombres y dos mujeres, para salir de su habitación y sumergirse durante unos minutos en agua fría para poder descansar sus herramientas de trabajo. Al mismo tiempo, oía y respiraba la auténtica Roma. Una ciudad durante el día recta y bulliciosa y que por las noches se transformaba en una bacanal sin ley ni orden.

Al día siguiente, los magistrados estaban reunidos en la letrina de las termas de Agripa conversando sobre su próxima reunión. Lucio escuchaba con atención hasta que observó unos ojos felinos detrás de una columna. La sombra femenina se escabulló y el magistrado se levantó para buscarla. Cuando creía haberla perdido, vio a una mujer de espaldas que estaba subiéndose el vestido enseñando

sus glúteos perfectos, giró la cabeza para que viera su joven perfil y le indicó que se acercara mientras caminaba con decisión. Cuando se dio cuenta se encontraba desnudo y atrapado entre unas piernas interminables. Él tenía setenta años y volvía a tener veinte. Ella tenía veintidós y lo único que le apetecía era cazar carne vieja y desechable. Era la emperatriz Mesalina.

La joven emperatriz tenía fama desde antes de casarse con el senador Claudio de ser una mujer que se acostaba con todos los hombres que podía, ya fueran políticos, soldados o sacerdotes, dioses mayores o menores o esclavos blancos y negros siempre que fueran del sexo masculino. Cuando su marido fue nombrado emperador su fama de promiscua aumentó considerablemente e incluso comenzó a rumorearse que esta loba insaciable había ejercido la prostitución. Pero a Mesalina no le importaba la rumorología porque sabía que algo de cierto había en ello, aunque nunca confirmaba públicamente cuáles eran ciertos o cuáles se exageraban. Lo único que le importaba era que no se prolongara su tendencia a aburrirse, especialmente con su marido porque le encantaba leer y escribir y a ella ese intelectualismo le parecía insoportable y el poco

atractivo y su tendencia a la tartamudez no mejoraban nada.

Solía ser una mujer muy celosa con sus amantes y rivales. Si había una persona a la que admiraba y odiaba a partes iguales era Escila porque compartían hombres, esclavos y dioses con la diferencia de que una cobraba y la otra lo hacía gratis, aunque las dos coincidían que eran puro vicio y eso les daba un poder que no solían tener en su vida cotidiana. Así que una noche tras haberse acostado con cuatro sacerdotes, que el día antes se habían acostado con Escila, se le ocurrió desafiarla. Escribió una carta que debía entregar el dios Mercurio, uno de sus amantes, a la famosa prostituta ese mismo día. En dicha carta, firmada por la mujer—loba, solicitaba sus servicios para llevar a cabo una competición muy especial. La mujer que se acostara con más hombres en una sola noche ganaría tres bolsas de monedas de oro y dos esclavas persas.

Ese mismo día, Mercurio le entregó la carta a Escila. Tras leerla con detenimiento aceptó competir con Mesalina. Le gustaba los retos sexuales y si era para darle una lección a la nueva emperatriz que tenía fama de promiscua, mucho mejor. El dios mensajero le dijo a Mesalina que Escila había aceptado. Durante tres días

trabajó intensamente entregando cartas a todos los varones romanos explicando el reto sexual y todos de forma unánime respondieron afirmativamente incluyendo los esclavos y dioses masculinos. La competición comenzaría justo dentro de una semana cuando el emperador iba a estar ausente. Todos los romanos cuchicheaban a sus espaldas y él no sabía el fantástico sacrilegio que se iba a llevar a cabo en su hogar. Estaban preparados y ansiosos de que llegara esa noche frenética y legendaria.

La noche del reto sexual había llegado. El ambiente en las calles era fresco, pero dentro de la casa del emperador Claudio se respiraba sexo y desesperación. Era la primera vez que hombres y dioses de distintas categorías se mezclaban, escritores, senadores, actores de teatro, vendedores, magistrados, soldados, generales, comandantes, gladiadores, esclavos, libertos, esclavistas, dioses mayores, dioses menores... Hubo apuestas y peleas entre ellos por ser el primero en mantener relaciones sexuales con Escila o Mesalina. Algunos preferían hacerlo con las dos, pero una de las condiciones es que el varón solamente podía mantener relaciones con una de ellas. En esa habitación había unos trescientos individuos con erecciones se

encontraban afanosos de ser uno de los privilegiados. Sabían que no todos podrían acostarse con una de ellas o al menos eso hicieron creer estas dos mujeres salvajes que eran quienes mandaban en esta competición.

Escila y Mesalina aparecieron acompañadas por dos esclavas, una negra y otra blanca, caminando con tranquilidad. Se quedaron observando con orgullo como esos perros babeantes esperaban rendirse a sus cuerpos. Se prepararon como dos atletas en los Juegos Olímpicos.

—¿Preparada?—Dijo Mesalina con orgullo.

—Siempre— Contestó Escila con una media sonrisa.

Como lobas hambrientas corrieron hacia la habitación mientras se arrancaban sus trajes, el de Escila era azul y el de Mesalina blanco, y a mitad de camino se detuvieron y comenzaron a caminar como gacelas seduciendo a sus machos. En cuanto entraron se dieron la mano y comenzó la competición.

Durante diez horas hubo pequeños temblores en el Monte Palatino, aunque los romanos no sintieron nada.

La esclava blanca de Escila contabilizó veinticinco hombres, el último había sido un joven actor

de teatro de diecisiete años. Era su primera vez. La prostituta se encontraba agotada, fueron diez horas seguidas sin descanso acostándose con hombres y dioses. No podía ponerse en pie, sus piernas temblaban, su vista estaba nublada y perdió la noción del tiempo. No era capaz de sentir ningún miembro de su cuerpo, ni siquiera sus genitales. Cuando intentó ponerse de pie, sus piernas estaban un poco arqueadas y se cayó. Su esclava se acercó, pero no quiso que la ayudara a levantarse. Observó de fondo a un hombre sentado en el suelo y encima de él estaba Mesalina. Se arrastró dejando un rastro de sudor en el suelo. Cuando llegó ante la emperatriz, ella no se había dado cuenta que Escila estaba llamándola.

—Mesalina, me rindo. He conseguido acostarme con veinticinco hombres según mi esclava.

Mesalina no respondió, aunque eso no quería decir que no la hubiera oído. Cuando acabó el acto y le dijo al varón, un escritor llamado Plinio, que se marchara. Su cuerpo estaba lleno de moratones y fluidos corporales. Al igual que Escila se cayó al suelo, pero esta vez riéndose a carcajadas. Su esclava negra se acercó y le dijo al oído la cantidad de hombres con los

que se había acostado. Se acercó a Escila y le susurró al oído:

—¿Veinticinco? ¿Sólo veinticinco? Doscientos, culebrilla, doscientos.

—Tienes un vulva de acero. Comentó Escila con voz cansada y la mirada perdida. ¿Quién te ha enseñado? ¿Quién ha sido tu maestra?

—Nadie, es mi naturaleza y nunca renegaré de ella. Hay que obedecer a los instintos primarios y convertirlos en placer. Son los únicos que me dominan. También el estúpido de mi marido, al menos eso le hago creer al erudito. Expresó esto último con una burla muy maliciosa.

Un año después de la clandestina competición, que se había convertido en un secreto a voces en la ciudad, la prostituta Escila seguía trabajando como *meretrix* y misteriosamente aumentó considerablemente su clientela. Por las noches, cuando conseguía dormir, tenía pesadillas con el número doscientos. Esa cifra la perseguiría el resto de sus días.

Sin embargo, Mesalina siguió engañando a Claudio hasta que se obsesionó con un político irresistiblemente atractivo llamado Cayo Silio. Decidió ingenuamente obligarlo a divorciarse de su esposa y

casarse con ella cuando se ausentara una vez más su marido.

No obstante, el emperador tenía un liberto de confianza llamado Narciso que una vez que volvió del viaje, le comentó que su esposa se había casado con su amigo Cayo Silio en secreto y pensaba abandonarlo. Un Claudio humillado una vez más y colérico por primera vez mandó detener a los amantes y fueron condenados a suicidarse, pero ambos eran unos cobardes y no se atrevían a cortarse las venas en público, así que mandó que los decapitaran. El primero fue el político y después la ninfómana, pero antes de que le cortaran la cabeza, Claudio se inclinó y se acercó a su oído y le comentó inesperadamente:

—Huelo tu sudor y tu miedo. ¿Crees que no sabía todo lo que hacías a mis espaldas? Los numerosos amantes y la competición con Escila ¿Crees que soy tonto? Solamente lo parezco. No eres una *meretrix*, eres solamente una vulgar *quadranturia*¹, ni gratis me volvería acercar a ti.

Por primera vez Mesalina sintió pánico, gritó y chilló sin parar hasta que le cortaron su cabeza y rodó

¹ Mujer barata en latín.

hasta los pies del emperador. Observó un rostro desencajado y que en un instante había perdido todo su atractivo. El emperador prometió no volver a casarse. Promesa que incumplió.

Mi primera visión

Ávila, noviembre de 1560.

No quiero ser santa, esa no es mi misión. Desde que tengo memoria o uso de razón, aunque no es una palabra que se pueda aplicar al bello sexo al igual que la inteligencia, pero como nunca he considerado que mi belleza despertara suspiros de amor y mi inteligencia ha sido cuestionada desde que pronuncié mi primera palabra, pues no pierdo mi tiempo ya que tengo prisa por dejar la vida terrenal. Es por este motivo que no soy una mujer corriente, nunca pensé en casarme ni ser madre porque mi destino era para un bien superior, por eso decidí ser monja, contra los designios de mi amado padre. No tenía otra opción porque mi sueño era ser soldado, pero como nací en el sexo equivocado, decidí que mi arma sería el papel, la pluma y el rezo. Era mi sacrificio más sagrado.

Mi padre tuvo que aceptar muy a su pesar mi noviciado y mi transformación en monja, es decir, convertirme en la esposa del creador. Un marido perfecto por excelencia porque está ausente en su forma corpórea y eso da lugar a que por las noches pueda dormir plácidamente y no con un esposo que busque

pecar cada noche e incluso de día. Dios no deja marcas en los cuerpos como estos hombres lujuriosos y de inteligencia cuestionable. Sin embargo, te deja lisiada espiritualmente y una nunca llega a recuperarse.

Me preguntaba cada día por qué Dios me dio inteligencia y lenguaje para poder expresar lo que siento cada vez que estoy pensando en él. Siempre he querido acercarme a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Esta última fundamental, puesto que obedecí mi destino: acercarme a Dios con las herramientas adecuadas y no desviarme del camino designado. No obstante, los obstáculos para acercarme a él han sido duros, dolorosos e infernales, pero no debo cuestionarlos, sino aceptarlos con resignación como buena cristiana que soy.

Sabía que el sufrimiento haría que mi alma pesara y me dejaría sin respiración, pero la recompensa era suprema. Quería difundir su mensaje como algunas de sus amadas privilegiadas, quería ser su elegida, pero el problema era el siguiente ¿Cuál sería su mensaje? y ¿Cómo podía manifestarlo sin ser juzgada? La única respuesta que encontré fue escribir. No como un varón, sino como su humilde esposa.

Sabía que el camino no sería fácil, ninguno designado por Dios lo es, pero ingenua de mí, creí que podría superarlo con mi fe e inteligencia. Los obstáculos serían numerosos. Aun así, los acepté y daría mi propia vida si fuera necesario para poder derribarlos. Las normas de la Orden no eran suficientes para mí, necesitaba una acción superior, una que fuera imposible para cualquier criatura de Dios.

Agradecí que esa primera prueba fuera la más difícil de todas: mi bajada al Infierno. Creí que sería como en *La divina comedia*, pero agradecí que fuera mucho peor. Recuerdo el suelo lleno de espinas muy afiladas y andar a ciegas sintiendo el dolor en mis pies. En cada paso me desgarraba la piel, pero parar sería un error. Las serpientes subían por mis piernas y me mordían con su veneno pecaminoso. Nunca olvidaré el contraste de calor y frío durante todo el camino y cuando tuve delante al ángel caído y sus ojos verdes mirándome como un libertino me enfrenté a él con mi fe. Me tentaba como hizo con Jesús, aunque le gritaba que no una y otra vez, no se dignaba a escucharme. Cuando quise darme cuenta estaba acostada, febril, delirando y con sangre en mis pies. Casi muero, pero sobreviví. Supe en ese momento que, si pude superar la

tentación del rey del Infierno, podía derribar cualquier obstáculo que me pusieran en mi vida terrenal y espiritual y que Dios me elegiría para ser su mensajera.

Tuve una paciencia infinita para poder superar cada impedimento que me acercara a Dios. Mi salud era cada vez más débil y preocupaba a mi entorno familiar. Sin embargo, cada día de debilidad, daba lugar a que mi espíritu fuera más fuerte y mi misión tuviera más sentido.

Hace unos meses fui invitada a casa de mi buen y leal amigo Guillermo de Ulloa que había mandado construir un nuevo convento. Si tuviera sus privilegios le daría de comer al hambriento y de comer al sediento. Dios no necesita tantos conventos ni iglesias ni catedrales, solamente aprender a escucharle. Sin embargo, su amistad me mantenía conectada con la vida terrenal que no era precisamente un paraíso.

No era consciente de que mi vida cambiaría drásticamente. Marcaría mis días para siempre. El proceso de lo ocurrido fue tan maravilloso que no he conseguido designar las palabras adecuadas, pero si las más parecidas. No contaré la verdad, sino mi verdad del hecho ocurrido.

Me disponía a dormir después de dos días de ayuno y sin beber agua fresca hasta unos momentos antes de entrar en el dormitorio. Normalmente, suelo descansar por las noches en el suelo y uso la cama lo menos posible para que sepa mi marido eterno los sacrificios que estoy dispuesta hacer, pero esta vez el agotamiento se apoderó de mi cuerpo, mente y espíritu y tuve que acostarme en la cama; dejé la ventana abierta para escuchar el silencio nocturno de la naturaleza.

Entré en un profundo sueño y no me moví cuando escuché el aleteo de un ave que entraba desde la ventana porque la puerta estaba cerrada. Noté que se acercaba a mi alcoba y no me moví en ningún momento. No tenía necesidad de ello. Me acarició el rostro con una de sus alas y poco a poco fue bajando hasta mis pies. Comencé a reírme como una niña. Era una risa sonora y no podía controlarla. Se apoderó de mí y no podía abrir los ojos porque la felicidad que sentía era interna y si los abría, sabía que la sensación desaparecería.

Noté que el ave estaba volando alrededor de mi cama y su aire era tan fresco que sentí que mi risa pasó a sonrisa. Una muy plácida y relajante que no había sentido desde mi niñez. Lo que creí que era un sueño, en

realidad se estaba convirtiendo en el principio del fin de mis días conocidos.

Escuché un sonido metálico que hizo que mi sonrisa se paralizara y noté que estaba sería, pero no podía moverme y no sentía miedo alguno. Noté una mano que quitaba las sábanas con lentitud y unas caricias en mis piernas como si tuviera hormigas en ellas y me quedé inmóvil. Mi cuerpo estaba rígido, pero duró unos segundos porque luego me sentí más relajada que nunca. No grité ni pedí ayuda ni siquiera sentí incomodidad, sencillamente una serenidad que calmaba mi alma.

Sentí su respiración, así que supe que no era un ave. No sabía quién era, pero no me resistí al sonido agitado que salía de su boca. Sentí como si un rayo entrara en mi cuerpo y la sensación era mística y provocaba que mi cuerpo y espíritu se agitaran como los cuerpos pecaminosos. No podía pensar, solamente sentir. Ese ser no hablaba, no le hacía falta. Me estaba poseyendo, pero no era desagradable, sino divino.

De repente noté una puñalada en mi corazón. Sentí que no era un puñal, sino una espada y mi cuerpo se elevó y mis ojos estaban entreabiertos. Vi oscuridad y luego otra puñalada, cada vez más rápida. Escuchaba

de lejos mis gritos. Era una sensación gratificante. No sabía dónde agarrarme. Las yemas de los dedos vibraban. Le pedía que no parara y hubo un momento en que la puñalada fue tan profunda que mis ojos se abrieron de par en par. No sentí miedo, sino paz. Una que nunca había sentido en mi vida.

Ya no era un cuerpo, sino un espíritu. Sabía que no estaba muerta, pero tampoco vivía entre los mortales. La oscuridad se transformó muy despacio en una luz cálida, bella y muy hermosa. Quise acariciarla y al tocarla vi que mi mano se desintegraba y olía a flores silvestres. Miré a todos lados y no había nada, solamente la luz y lo supe. Era el cielo, estaba segura. Por fin, mis súplicas habían sido escuchadas y Dios me daría un mensaje para difundirlo entre sus fieles.

No existía ni el espacio ni el tiempo, sólo la ausencia de mi yo físico que se había transformado en mi yo más espiritual. A lo lejos pude ver un movimiento extraño, como si algo se acercara, no parecía tener una forma humana. Quise acercarme, pero no podía moverme, estaba paralizada. Le pregunté quién era y no recibí ninguna respuesta. Poco a poco se acercó y su forma cambió. Era una figura con una silueta humana, pero no sabía si era masculino o femenino. Si no era un

ángel, era un ser extraño porque ellos no tienen sexo alguno.

—Buenas noches, Teresa. Tenía ganas de volver a verte.—Dijo con una voz cálida y suave—.

Recordé su voz y no podía creerlo. Era el príncipe de las tinieblas en su forma de arcángel. Tenía sus alas blancas y brillantes. Quería huir, no mirar atrás, pero no podía.

—¿Cómo podéis ser vos si estoy en el cielo?

—¿Quién dice que el Cielo y el Infierno no son el mismo lugar?

—Porque está escrito en las escrituras sagradas.

—Escritas por el hombre, no por mí.

—¿Qué quieres de mí?

—Que sientas la auténtica bendita providencia.

Se acercó a mí y puso sus manos en mi rostro y me quedé embelesada con su tierna mirada y sus ojos verdes. Sentí otra vez las puñaladas en mi corazón. Si había abandonado mi cuerpo ¿Cómo podía sentirlo? No tenía explicación. Observé su sonrisa, sus carnosos labios y sus dientes blancos. Me besó. No sé cuánto duró. Noté que varias manos de diferentes formas y colores tocaban mi alma o mi cuerpo y los gemidos se apoderaron de mí. Cada vez el tacto era más fuerte. Me

sentí bella y poderosa. El diablo mordía mis cabellos largos y oscuros.

De inmediato mi corazón explotó y se convirtió en un fuego tan ardiente que se fusionó con el cuerpo de Lucifer y quemó la luz hasta convertirla otra vez en oscuridad.

—Hasta pronto, Teresa, mi Teresa.—Me dijo al oído para más tarde mirarme y sonreírme—.

—¿Volveré a verte?

—Pronto, Teresa, muy pronto.

—¿Cuál es tu mensaje?

—Lo vas a deducir sola y ahora intenta no pensar mucho en mí, sino nunca dormirás.—Comentó riéndose a carcajadas—.

Se fue volando y desapareció poco a poco. Todavía era un ser de luz, el ángel más bello de la creación. Supe que nunca le iba a olvidar.

Grité asustada porque estaba en la cama y creí que lo que había tenido era una pesadilla o agitado sueño. Miré a los lados asustada. Todavía era de noche. Observé que las sábanas estaban empapadas de sudor, mi camisón desgarrado, tenía marcas en todo mi cuerpo, hinchazón en medio de mis piernas, mis labios ensangrentados y mis cabellos babeados. Fue real, pero

no podía rebelarlo, todavía no podía compartirlo con nadie.

A los pocos días me confesé con Baltasar Álvarez y se lo conté todo. Tuvo una mezcla entre horror y curiosidad y me comentó que no dijera nada porque podía ser juzgada por la Inquisición, pero había otra opción. Poder explicarlo con otras palabras y decir que había tenido una experiencia mística que me había acercado a Dios. Al principio de forma anónima y luego desvelar mi nombre. Aun así, sería juzgada, pero con menos presión ante el inquisidor.

Obedecí con resignación la voluntad de mi confesor. Había algo dentro de mí que había cambiado para mejor. Así que debía usar mi inteligencia para poder difundir mi experiencia. Mi primera visión del cielo. No fue como esperaba, sino mejor, pero nadie lo sabrá a menos que lea estas líneas que sé que nunca serán leídas. Era mi deber explicar mi verdad para no olvidarla, aunque no lo comparta con nadie.

Me preguntaron en todo momento cuál era su mensaje. Contestaba esperanza, cuando en realidad la respuesta era placer. Sé que mi respuesta real va en contra de los designios de Dios, pero como me dijo el hermoso ángel, las escrituras sagradas fueran escritas

por el hombre, no por él y debo complacer y obedecer a mi amado esposo, no a los hombres.

Eugenia Ciruela Montañés



Es Licenciada en Humanidades por la Universidad de Cádiz. Máster en Estudios Hispánicos, especialidad en Democracia y Libertad: el legado de 1812. Candidata al Premio Extraordinario de Máster, curso 2012- 2013. Experto universitario en Gestión Cultural. Máster interuniversitario en Estudios de Género, Identidades y Ciudadanía. Candidata al Premio Extraordinario de Máster, curso 2018-2019. Estudiante de Doctorado en Historia, línea de investigación: Historia de América por la Universidad de Sevilla.

Índice

El tonto del pueblo.....	3
En el bosque de Adare.....	14
Jeanne, mi Jeanne, nuestra Jeanne, vuestra Jeanne, Jeanne	29
La belleza del lobo	39
La competición.....	59
Mi primera visión.....	69
Eugenia Ciruela Montañés.....	80



Título: Si las jirafas hablasen.

Autor: Eugenia Ciruela Montañés.

Edición digital Hoja en blanco. Abril, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

